



440484

155 F 183.4

El Regreso de Diógenes

Por Humberto Giannini Wignatz

- La relación entre la anécdota y la filosofía ha sido siempre compleja. La disyuntiva parece ser o apropiarse de la anécdota, filosofar sobre ella y normalizarla, o bien, dejar a la anécdota libre y fuera de la filosofía, como el revés de lo normal, que pone en peligro y remece el pensamiento.
- A partir del libro de Pablo Oyarzún, "El Dedo de Diógenes", Humberto Giannini reflexiona aquí sobre las tesis y plantea sus interrogantes e inquietudes.

HAY dos "géneros literarios" que merecen una especial atención, por el modo de poner la mano en lo que escuchan: la anécdota y la filosofía. Uno de ellos es la anécdota, que a través de un episodio muy simple tomado de la vida diaria pone al alcance del público un determinado saber, por lo general, ético. El otro es la filosofía, que a través de una reflexión o un discurso pretende mostrar —precisamente— "el revés" del saber público. El primero de ellos recurre a la narración e inmediatamente para hacer comprensible el sentido, la norma, el segundo, recurre a la reflexión e inmediatamente para poner en vivo el sentido de la norma, para romper la normalidad.

Ahora, si hablamos normal a lo que es siempre a, a mayor número de veces, la filosofía representará, entonces, la más exigente y ambiciosa búsqueda de la normalidad, búsqueda universal, sin excepciones ni márgenes. Y la anécdota, «crisis de lo que es normal, de lo que es siempre», será el mayor de los peligros para aquella.

Por eso, pues, por de imperativo filosófico apropiarse del ser: la anécdota. Explorarla —tal vez en una "filosofía de la anécdota"—, normalizarla.

Tal sería la actitud más "normal" de un filósofo. Pero, existe también la actitud anómala: dejar la anécdota fuera de la filosofía, dejar libre esa particularidad que se da para permanecer en vivo el pensamiento, de hacerlo caer en peripetias, de enfrentarlo desde sus raíces.

Esta última es, me parece, la posición, original y provocativa, como puede advertirse, de Pablo Oyarzún, en su última obra, "El dedo de Diógenes" (Libros, mayo 2000).

Sabemos que Antístenes y Diógenes de Sinope fueron la pesadilla de intelectuales y políticos en la Atenas postsofocrática. "Falsos" en apariencia, los cínicos eran, sin duda, filósofos.

de Sinope fueron la pesadilla de intelectuales y políticos en la Atenas postsofocrática. "Falsos" en apariencia, los cínicos eran, sin duda, filósofos. Puntaron así al todo el saber filosófico en retóricas, y en su estilo anecdótico lo hicieron saberes, enseñanzas, como la muestra la obra que comentamos.

El significado del término "cínicos" es un grupo de monjes perennales ha venido cambiando con los siglos. Para nosotros, "cínicos" es lo que está entre la asperidad, que lo muestra todo, y la desvergüenza, que lo muestra todo. O también, es como el todo lo que se le muestra —un aspecto importante de la filosofía— que deja entender el mal que lo acompaña, según el modo de Platón.

El hecho es que el cínicismo primitivo, el cínicismo filosófico de Antístenes —o el de Diógenes— es la crítica por lo singular, la crítica a la normalidad, la normalidad, y hasta tal punto, que ésta habría terminado por impedir la propia evolución moralizadora del cínicismo. Que es la que ha dejado hasta hoy.

Cínicos, los cínicos, los Diógenes, como los llama Oyarzún, se disputaron por el mundo, entonces, que lo tenía, a su creación perenne. Y así se les puede encontrar por los caminos, o en los caminos, o al amanecer, rodeados en una misma. Oyarzún, significativamente, empieza y muestra su obra con la narración de una experiencia personal de tal tipo: "cuando". Supongo que a alguien podría interesarle saber de dónde ha salido la idea de hacer este libro. (pág. 17 a 18).

Como mencioné a estos Diógenes, por decirlo así, indolentemente, cuando dice: "Acaso este sea un índice cierto o errático en relación con el establecido y con la libertad".

Diógenes no está, no habla. Le da, aunque, de la.

Después de las muchas entradas posiblemente al libro de Oyarzún —no se diría lo mismo a la "libertad" — elegiré esta en que

nos encontramos la imagen de la interrupción, que aparece desde las primeras páginas de la obra (pág. 18), un capítulo: "La risa, la interrupción" (página 24).

Interrumpir es un modo de aparecer sin hacerse esperar, en medio de algo que lleva —tal vez conscientemente— en silencio o sin muestra sobre los ritos de un discurso establecido.

Llega, interrumpiendo, podría valer la imagen, como Antístenes, cuando es acompañado de amigos y bailarinas, en medio del banquete filosófico organizado por Apolonia, traspasándolo todo. Lo que quiero decir es que esta o cualquier interrupción es, en el lenguaje del autor, de "desmantelamiento". Este modo es la anécdota.

En general, ¿qué es una anécdota? También aquí son múltiples las entradas posibles a los análisis conceptuales en profundidad —además, además— que realiza el autor.

Entonces, pues, por esta ruta que se nos está haciendo familiar, se puede decir que la anécdota es "un hecho inusual" (pág. 93) a la pretensión de universalidad y de normalidad, por tanto, momento al acercamiento a que llama lo extraño, el discurso público y la ley. Un hecho que está allí, interrumpiendo a tal punto que cabe señalarlo con el dedo —"El dedo de Diógenes"— en el más extremo y directo de los discursos posibles. En la anécdota, hecho y signo, acontecimiento y palabra, hacen, como dice el autor, "una distancia entre" (pág. 83).

Y es como hecho inusual que constituye una provocación para quien cree pensar el poder de la verdad o la verdad intencional del poder.

Provocativa, por ejemplo, la historia de la interrupción de Diógenes y Platón, haciendo este decir que éste definió al ser humano como "animal bipedem impudens". Diógenes lo expone a la salida de la Academia y le lanza a los pies un pedo que resaca los dogmas, acompañados por gritos con estas palabras: "Este es el hombre de Platón" (Anécdota 40). En este hecho —comenta Oyarzún— el hombre de Platón es puesto al desnudo, en el deparado de la filosofía de Diógenes, como cuerpo de la indolencia (pág. 280).

Hay otra anécdota, famosa, en la que se nos interrumpe esta vez el discurso filosófico con el poder en su máxima ostentación, el poder de Alejandro.

Anécdota 26: Se menciona una vez en el Círculo y Alejandro se para ante él y le dice: "Pasa lo que quieras". Y él responde: "No me hagas sombra". "No es esta una respuesta, ciertamente, provocativa".

Hechos inusuales, como los que estamos recordando, son más, muchísimo más, que contrastar en el mismo. Son la revelación de algo que va más allá que transgrede todos los valores por los que mediamos las cosas y la conducta humana. El resto del libro, por palabras del autor.

En efecto, ¿el mal —lo natural— es un bien que tiene poder de dios o el gran mal? La anécdota revela entre otras cosas que el poder de Alejandro sólo puede hacer sombra al dios, al dios de la naturaleza.

Se trata de un hecho radicalmente inusual. Es inusualmente, además, una respuesta al ofrecimiento del poder. Esta es, pues, la gran paradoja: lo inusualmente, convirtiéndose aquello, que parecía más digno de ser significado, dicho realmente.

Hay un par de realmente magníficos de Oyarzún para expresar la reproducción de los hechos. No puede decirse "comparación".

En el ofrecimiento, un sentido quizá. No una sola, sino dos, una profunda, una sencilla, un cuerpo humano en que debe manifestar y hacerse traza la historia, a menos que lo al fin de cuentas para que ésta se promueve fácilmente a partir de tales imágenes: las anécdotas no



"El significado del término 'cínicos' es un grupo de monjes perennales ha venido cambiando con los siglos. Para nosotros, 'cínicos' es lo que está entre la asperidad, que lo muestra todo, y la desvergüenza, que lo muestra todo. O también, es como el todo lo que se le muestra —un aspecto importante de la filosofía— que deja entender el mal que lo acompaña, según el modo de Platón."



"Sabemos que Antístenes y Diógenes de Sinope fueron la pesadilla de intelectuales y políticos en la Atenas postsofocrática. 'Falsos' en apariencia, los cínicos eran, sin duda, filósofos. Puntaron así al todo el saber filosófico en retóricas, y en su estilo anecdótico lo hicieron saberes, enseñanzas, como la muestra la obra que comentamos."

serían sino las brisas, las olas, de la historia (que son mismo su reverso)". (pág. 172).

Una similitud que interrumpe y que interrumpe el sentimiento de estar participando en algo grande, admirable. (pág. 172).

El problema, la inquietud, es, pues, el cómo de la recuperación del discurso perdido; en nuestro caso: el cómo volver a congregar filosóficamente lo que la anécdota ha dispersado.

En el ofrecimiento, un sentido quizá. No una sola, sino dos, una profunda, una sencilla, un cuerpo humano en que debe manifestar y hacerse traza la historia, a menos que lo al fin de cuentas para que ésta se promueve fácilmente a partir de tales imágenes: las anécdotas no

El acontecer que interrumpe una interrupción es el curso normal de las cosas. Pero no a la manera en que lo hace una teoría, la que al mostrar la falsedad de algo deja el terreno despejado para construir allí mismo una nueva versión de las cosas, una nueva apropiación de la verdad. Es el impulso generalizador mismo al que filósofo, al que "desmonta", dejando la verdad al desnudo sin discursos, como anécdota.

La realidad de la tesis de Oyarzún —y el acuerdo mencionado en que pone a la filosofía— consiste en mostrar con precisión analítico-anecdótica —"de modo teórico, también— aquello que la filosofía no puede dejar de considerar como límite insuperable de sí. Lo que siempre debe dar qué pensar.

Personalmente, en aspectos decisivos me siento muy próximo a este pensamiento, sobre todo en su intento reduccionista de la contingencia y de las marginalidades, de lo necesario y de lo imprescindible a la luz de la filosofía de "la teoría".

Al interrumpir en medio de la gravedad del discurso, la anécdota tiene la virtud de descolocarlos. Más exactamente, de quebrarlos. Después de lo cual no quedaría más que el silencio o el volver cada cual a su casa o a su tonel.

del día", pero en estas páginas una renovación espiritual de la filosofía, y por ello sería, brevedad, brevedad.

Pero, no todo es, sin embargo, gracia interrumpida. Hay algo que, en verdad, nos interrumpe. Y es el modo en el que la anécdota es interrumpida. Interrumpe —hablamos— el discurso filosófico. Pero, hay que decirlo, también la saca de quicio, rompe su inspiración filosófica, la quita.

Como se ve, Oyarzún es el primero en reconocer la analogía, a lo que pasa con el filósofo. Esta tiene una cierta disonancia tremenda. (Anécdota 40). Los actores en el momento del conflicto. Los actores.

Al interrumpir en medio de la gravedad del discurso, la anécdota tiene la virtud de descolocarlos. Más exactamente, de quebrarlos. Estrategia de una voluntad —hablamos— el discurso filosófico. Después de lo cual no quedaría más que el silencio o el volver cada cual a su casa o a su tonel.

Digo, no inquietud, no mi objeción —porque las interrupciones personales de esta lección no están terminadas— es que la anécdota, y en un tono bastante menor, el filósofo, el filósofo, por el hecho de actuar a tal profundidad, hacen de la recuperación, la recuperación de aquello interrumpido por un discurso común. "¿De qué hablabamos?". "¿En qué consistían?".

El problema, la inquietud, es, pues, el cómo de la recuperación del discurso perdido; en nuestro caso: el cómo volver a congregar filosóficamente lo que la anécdota ha dispersado. Como anécdota, no son muchos, los que, el hecho que va de una anécdota a otra.

El regreso de Diógenes [artículo] Humberto Giannini Iñíguez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Giannini, Humberto, 1927-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El regreso de Diógenes [artículo] Humberto Giannini Iñíguez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile